

Seis décadas de TIPOLOGÍA ANALÍTICA



Actas en homenaje a GEORGES LAPLACE

Sei hamarkada TIPOLOGIA ANALITIKOAn aritzen
GEORGES LAPLACEn omenezko aktak

Six décennies de TYPOLOGIE ANALYTIQUE
Actes en hommage à GEORGES LAPLACE

13, 14 y 15 Noviembre 2012

Vitoria-Gasteiz

Aitor Calvo
Aitor Sánchez
Maite García-Rojas
Mónica Alonso
(editores)

**Seis décadas de TIPOLOGÍA ANALÍTICA
Actas en homenaje a GEORGES LAPLACE**

* * *

Sei hamarkada TIPOLOGIA ANALITIKOAN aritzen
GEORGES LAPLACEN omenezko aktak

* * *

*Six décennies de TYPOLOGIE ANALYTIQUE
Actes en hommage à GEORGES LAPLACE*

Vitoria-Gasteiz, 13, 14 y15 Noviembre 2012

edición a cargo de
Aitor CALVO, Aitor SÁNCHEZ,
Maite GARCÍA-ROJAS y Mónica ALONSO-EGUÍLUZ

Edición: Enero de 2015

© De la edición: Aitor Calvo, Aitor Sánchez, Maite García-Rojas y Mónica Alonso-Eguíluz

© De los textos e imágenes: sus autores

ISBN: 978-84-697-2159-9

Depósito legal/Lege gordailua: VI-31/2015

Foto de portada tomada de la Adenda Gráfica de *Dialektikè. Cahiers de Typologie Analytique*, 2006, Hommage à Georges Laplace, Diputació de Castelló, p. 165.

Edita:



Patrocina:



RECORRIDO Y REFLEXIONES EN TORNO AL PENSAMIENTO ANALÍTICO DE GEORGES LAPLACE: MOVIMIENTO, INTERDEPENDENCIA Y ARQUETIPOS EN LA CONSTRUCCIÓN DE UNA ARQUEOLOGÍA CIENTÍFICA

Georges Laplaceren pentsamendu analitikoaren ibilbidea eta gogoetak haren inguruan: Mugimendua, interdependentzia eta arketipoak Arkeologia zientifiko bat eraikitzerakoan

Parcour et réflexions sur la pensée analytique de Georges Laplace: mouvement, interdépendance et archétypes dans la construction d' une archéologie scientifique

Andoni SÁENZ DE BURUAGA

Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea

Resumen

Se exponen una serie de reflexiones personales sobre la obra, pensamiento y figura de Georges Laplace, de cara a buscar una aproximación al método, razonamiento, concepción y representación de su sistema analítico. En consecuencia, se da un repaso sumario a las teorías más representativas de su formulación analítica, al marco teórico e ideológico en que se fundamenta y a su coetánea contextualización histórica, y a los debates y preocupaciones intelectuales que conformaban su personalidad. G. Laplace ha sido un genial y excepcional investigador que, a contracorriente de su tiempo, logró plantear los medios racionales de aproximación a una Arqueología científica, desde la creación original de su sistemática analítica.

Palabras clave

Georges Laplace, Pensamiento analítico, Racionalismo dialéctico, Análisis estructural, Tipología lítica, Arqueología científica.

Laburpena

Gogoeta pertsonal sail bat aurkezten da Georges Laplaceren lanaz, pentsamenduz eta irudiaz, hurbilketa bat egiteko bere sistema analitikoaren metodo, arrazonamendu, ikusmolde eta irudikatzeaz. Ondorioz, bere formulazio analitikoko teoria adierazgarrienen berraztertze labur bat egiten da, eta baita hura oinarritzen den esparru teoriko eta ideologikoei eta garaiko testuinguru historikoari, eta bere nortasuna taxutzen zuten eztabaidei eta kezka intelektualei. G. Laplace itzela eta aparteko ikertzailea izan zen, Arkeologia zientifiko baterako hurbilketa bitarteko arrazionalak aurkeztuz, bere denborako iritzien aurka, horretarako sistematika analitiko original bat sortuz.

Hitz-gakoak

Georges Laplace, Pentsamendu analitiko, Arrazionalismo dialektikoa, Análisi estrukturala, Tipologia litikoa, Arkeologia zientifiko.

Résumé

C'est une série de réflexions personnelles sur l'œuvre, la pensée et le personnage de Georges Laplace qui sont ici exposées, en vue de mieux appréhender la méthode, le raisonnement, la conception et la

représentation de son système analytique. C'est en conséquence, un retour sommaire sur les théories les plus représentatives de sa formulation analytique, le cadre théorique et idéologique sur lequel elle se fonde, le contexte historique contemporain mais aussi les débats et inquiétudes intellectuels constitutifs de la personnalité de G. Laplace, qui est ici proposé. G. Laplace fut un chercheur génial et exceptionnel qui, à contre-courant de son époque, a réussi, grâce à son originale systématique analytique, à poser les outils rationnels nécessaires à une approche de l'Archéologie scientifique.

Mots clés

Georges Laplace, Pensée analytique, Rationalisme dialectique, Analyse structurelle, Typologie lithique, Archéologie scientifique.

* * *

Ha resultado para mí muy emotivo el proceso de elaboración de esta ponencia y lógicamente lo constituye este momento de comunicarla, y el compartir aquí con todos Uds., y en voz alta, una serie de reflexiones en torno a la figura de una de las personas que más ha podido incidir en mi orientación humana y, sin duda alguna, en mi vocación y trayectoria como investigador. Alguien a quien profeso mi mayor respeto y gran admiración. Y hacia quien muestro mi más profundo agradecimiento por todo lo que me ha aportado. Mi maestro, el Dr. Georges Laplace.

He tenido la fortuna de escuchar y atender sus sabias enseñanzas, sus geniales razonamientos, de percibir su fuerza vital e intelectual, su profunda erudición. Durante largo tiempo, asimismo he sentido el placer de convivir, de compartir una parte de su vida, de apreciar sus múltiples inquietudes, de experimentar junto a él la cotidianeidad del día a día.

No por ello, ni mucho menos, me siento autorizado a ir más allá como hipotético aprendiz de relator, o aspirante a biógrafo, de su gigantesca figura. Sería más que osado, por mi parte, atribuirme ese papel. Me contento con poder destinar esta serie de puntuales reflexiones personales en aras a aproximarme a uno de los grandes tesoros que nos ha legado: el método, el razonamiento, la concepción y representación analíticas; es decir, la forma de pensar analítica y el fondo de su pensamiento analítico.

Mas, antes de nada, he de precisar que cuando me refiero al "pensamiento analítico de G. Laplace" estoy sugiriendo una interpretación de lo que yo creo que ha fundamentado, orientado y motivado su pensamiento científico. En realidad, no puedo hablar tanto del pensamiento de G. Laplace como de mi intención de acercamiento y comprensión de sus ideas a través de un recorrido por la lectura de sus obras, por la reflexión sobre sus discursos, por los diálogos y observaciones cultivadas, y por los estímulos y sensaciones contenidos y derivados en y de una relación personal, firme e ininterrumpida, durante los últimos 20 años de su vida. Una cosa es el pensamiento de G. Laplace y otra mi percepción de su pensamiento. Aún y todo, buscaré esa aludida aproximación.

Voy a organizar la exposición en torno a los 4 grandes apartados generales que siguen.

1. Sobre algunos planteamientos representativos de la concepción analítica de G. Laplace

De cara a este propósito, son obligadas, necesariamente, las fuentes de conocimiento que, desde su producción escrita, podemos disponer para recorrer su prolífera trayectoria intelectual y acceder a su pensamiento científico.

Por otra parte, sin embargo, conviene tener bien presente que resultan plurales los campos temáticos

en los que, como estudioso e investigador, dejó plasmada su singular impronta intelectual.

En consecuencia, voy a seleccionar y abordar, con forzosa concisión, algunos de los sujetos de reflexión que acaso bien pudieran aceptarse como representativos. Focalizaré la atención en 4 de ellos. Con todo, la muestra elegida, creo que cualitativamente puede obrar como vía oportuna de aproximación contrastada a su concepción analítica.

En primer lugar, me referiré a la **excavación arqueológica**: a la aplicación de las coordenadas cartesianas al proceso metodológico de organización estructural de un yacimiento, de levantamiento sistemático de los depósitos y recuperación de los datos, y de control espacial de los materiales en los registros estratigráficos.

El conocido como “método Laplace-Méroc” fue inicialmente formulado por L. Méroc y G. Laplace en la primera mitad de los años 50 (LAPLACE y MÉROC, 1954a y 1954b) y sistemáticamente enriquecido por G. Laplace en sus diversas actuaciones de campo en la segunda mitad de los 50 y durante toda la década de los 60. Unos ensayos prácticos éstos –de reflexión, crítica y mejora progresiva del método– que vieron su fruto con la redacción de un texto de primer orden, editado primero en la revista *Munibe*, en 1971, y poco después reproducido en la de *Speleon*, en 1973 (LAPLACE, 1971 y 1973a).

Una estrategia de excavación estratigráfica que, por familiar que hoy nos pueda resultar, impulsaba en aquel entonces un profundo cambio de perspectiva intelectual sobre el concepto y la significación de la excavación arqueológica, y, por extensión, del propio entendimiento de los contextos y eventos sociales.

En efecto, con la aplicación del método de las coordenadas cartesianas se fraccionaba la habitual perspectiva vertical de la estratificación arqueológica y, por lo tanto, de la evolución de los hechos en ella contenidos. Así, a través del nuevo sistema: 1) se procedía a la planificación y organización racionales del marco topográfico; 2) se introducía un orden y sistemática normalizada en la dinámica operatoria del proceso de excavación: tanto en la superficie del espacio, como en el tratamiento en profundidad de los depósitos y estructuras; 3) se infería la ubicación tridimensional a las evidencias, facilitándose con ello el control de su distribución espacial; 4) se abordaban y materializaban las relaciones horizontales entre las estructuras: lo que ilustraba, en casos, una percepción paleoetnológica de las situaciones; 5) se acompañaba el registro estratigráfico de una original nomenclatura codificada que individualizaba cualquier discontinuidad (vertical y horizontal) identificada en la secuencia depositacional; y, 6) se aseguraba la recuperación globalmente “coordinada” de los pequeños elementos recuperados en el proceso del tamizado de las tierras extraídas.

En síntesis, suponía este método un vehículo oportuno y de referencia en la mecánica operativa del trabajo de campo y, convergentemente, en el proceso de interpretación rigurosa de los depósitos excavados. De esta suerte, instrumento de trabajo y medio de conocimiento se fundían en la sistemática cartesiana.

Representaba, en realidad, una nueva alternativa, no sólo a la estrategia de “excavación vertical” en uso, sino más profundamente a su instrumentalización por una ideología dominante y determinante. Un movimiento transformador y liberador, en otras palabras, de una forma de pensar y actuar limitada, arbitraria e ilusoria, en relación a los procesos arqueológicos. Es decir, se erigía, ni más ni menos, en un medio de superación de los patrones ideológicos que trazaban y conducían la comprensión de los sucesos contenidos en los yacimientos: o, yendo más lejos, aceleraba la negación del entonces vigente paradigma interpretativo lineal de la realidad arqueológica (cf. SÁENZ DE BURUAGA, 1998).

En segundo lugar, deseo mencionar brevemente la **teoría del ciclotema ombrotérmico** (LAPLACE, 1973b y 1977). Una hipótesis vinculada con la interpretación de los depósitos sedimentarios y su ordenación secuencial, desde los procesos que determinan las fases de desarrollo diferenciadas de los ciclos climáticos. Una correlación esencial ésta, climato-sedimentaria, que G. Laplace establecía, por un lado, a partir de la relativa sintonía entre la composición y sucesión sedimentaria documentadas en los registros estratigráficos de diversas cuevas y abrigos rupestres por él excavados. Y, por el otro, merced a la comprensión del clima

como un fenómeno cíclico de ritmo ternario, definido, esencialmente, por la interacción entre dos variables rectoras, la humedad y la temperatura.

De acuerdo con este modelo teórico, resultaría analíticamente factible acceder, tanto a la interpretación dinámica de los diversos ciclotemas que se sucedían en una secuencia sedimentaria, como, por extensión, a la caracterización global de la deriva de ese movimiento climático en el tiempo (SÁENZ DE BURUAGA, 2007: 109).

En consecuencia, el ciclotema ombrotérmico suponía un modelo dinámico válido de cara a una interpretación interdependiente de los fenómenos sedimentarios y los procesos climáticos. Es decir, que se presentaba como un medio de comprensión dialéctica –y, por lo tanto evolutiva– del clima (LAPLACE y SÁENZ DE BURUAGA, 2003: 87). Y, junto con ello, aportaba una nueva perspectiva sobre la estratificación y los procesos diagenéticos en los sedimentos.

Además, no debe de ignorarse que se ofrecía igualmente como un complemento inmejorable para la praxis del método de excavación de las coordenadas cartesianas.

En tercer lugar, citaré la **hipótesis del sintetotipo auriñaco-gravetiense** (LAPLACE, 1958a, 1958b, 1966 y 1970).

Representaba ésta, y en primera instancia, una alternativa racional y radical al modelo conceptual bifilético de D. Peyrony sobre la dinámica industrial que caracterizaba los primeros episodios del Paleolítico superior y que, conforme a esa perspectiva, vendrían significados por la evolución, en paralelo e independientemente, de los tecno-complejos del Perigordense y del Auriñaciense. Unos *phyla* industriales que internamente aparecían determinados, en teoría –y nunca mejor dicho–, por diferentes estadios evolutivos específicos de esas –como se las denominaba– dos grandes “civilizaciones”. Una concepción teórica ficticia que marcaría durante importantes décadas la interpretación oficial y académica de los inicios y primer desarrollo del Paleolítico superior. Recuérdese, por ejemplo, que hasta prácticamente entrado este nuevo milenio, podía leerse aún en la mayor parte de la literatura especializada la defensa a ultranza de la insostenible interestratificación del Castelperroniense y del Auriñaciense en algunos yacimientos ciertamente singulares, más que por su estratificación, acaso por la premeditada “lectura” de su proceso de excavación.

Dejando este caso puntual de lado y pasando a otros aspectos más sustanciales, se aceptará que especialmente conllevaba el sintetotipo una innovadora propuesta interpretativa del Leptolítico, entendida ésta desde la dialéctica y la dinámica evolutiva inherente a los sucesos y contextos naturales. Una idea de trascendente calado intelectual.

Y es que Leptolítico no era simplemente un término relativo a una periodización prehistórica –habitualmente equiparado, como sinónimo, al Paleolítico superior–, sino que devenía, más profundamente, en la expresión conceptual de un proceso. Un proceso cuyos agentes conductores eran, interdependientemente, la transformación climática del medio y el equipamiento industrial adaptado a las vicisitudes de los ciclos climáticos.

Para G. Laplace, la dinámica de los complejos industriales del Leptolítico no respondía únicamente a estímulos temporales (es decir, a la sucesión de las industrias en la escala cronológica), sino que asimismo incidían en ella particulares impulsos y sinergias espaciales, territorialmente circunscritos, y determinados por la incidencia de la ortogénesis (en forma de variaciones internas o espontáneas capaces de marcar singulares orientaciones evolutivamente significativas).

Hablamos, en la práctica, pues, de un *continuum dialéctico*, complejo y dinámico, que desde un polimorfismo basal, y conforme a un proceso de radiación evolutiva, conduciría a la progresiva diferenciación y segregación espacio-temporal de los tecno-complejos. De esta suerte, en la conformación del proceso de leptolitización habría que distinguir diferentes fases de movimiento, expresiones éstas de sus variables ritmos

de desarrollo evolutivo. G. Laplace las enunció, gradualmente, como preapogéica, apogéica y postapogéica; y, dinámicamente, las singularizó, respectivamente, como de inmovilidad o de muy lento movimiento, de brusca aceleración, nodal, de segregación, y de segregación y especialización.

Este movimiento evolutivo general, la medida de las homogeneidades y diferencias temporales y espaciales entre los conjunto industriales, y la incidencia de las transformaciones climáticas en la disponibilidad territorial y en el devenir de los procesos morfo-tecnológicos llevaron a G. Laplace, junto al geógrafo Y. Guillien, a elaborar una serie de reflexiones comunes que se materializaron en la presentación de una original hipótesis: la del *Illyricum* (GUILLIEN y LAPLACE, 1978; LAPLACE, 1987a, 1988 y 1997).

La «teoría del *Illyricum*», que armonizaba íntimamente los complejos industriales y los eventos climáticos, procuraba una novedosa interpretación de los rasgos generales del proceso de evolución del poblamiento en Europa y África septentrional durante el Pleniglacial y el Tardiglacial würmienses, ensalzando el papel determinativo que cumplieron en esa dinámica una serie de vastas “áreas de refugio climático” ubicadas en las latitudes meridionales europeas: como la región franco-cantábrica, la parte sur de Rusia y, especialmente, el dominio ilirio (que se extendía en torno al Mediterráneo central, desde Sicilia al Mar Negro, además de la antigua Yugoslavia y Hungría).

La incidencia del «*Illyricum*», como centro genético, y asimismo de estas “áreas refugio” complementarias aludidas, resultaría decisiva para comprender y explicar, por G. Laplace, la filogénesis industrial de los procesos de evolución “gravetienses-tardigravetienses”, por una parte, y “epigravetienses”, por la otra, en Europa occidental y central (cf. LAPLACE, 1966) durante prácticamente los últimos 30.000 años: desde el Gravetiense inicial a la conclusión de los tiempos prehistóricos.

Y ya, en cuarto lugar, haré referencia a la **Tipología Analítica**: uno de los dominios de la investigación, sin duda, más fecundo, elocuente y representativo de la figura de G. Laplace y, junto a ello, de plasmación de su “ideología analítica”. Me detendré, por consiguiente, algo más en su recorrido.

Con su primera formulación en 1957, la Tipología Analítica y Estructural (LAPLACE, 1957) suponía la introducción del referente conceptual sólido, riguroso y alternativo a los sistemas tipológicos analógicos, empíricos y descriptivos que venían instrumentalizando la percepción de los hechos arqueológicos y, por lo tanto, el conocimiento y la comprensión racional de la Ciencia.

Unos modelos de aproximación a la realidad de las industrias prehistóricas, contruidos desde su clasificación y ordenación mecánica, conforme al esquema taxonómico teórico de las “listas-tipo”. Listas, impregnadas estrechamente de una concepción fetichista del “fósil director”, y de una noción idealista y anacrónica de la “cultura”. Precisamente, los trazos ideológicos de tradición historicista hacían de estos “directorios tipológicos” las oportunas referencias clasificatorias de los útiles “característicos” de una cultura en el tiempo y en el espacio. Se reafirmaba con ellos la vocación “culturalista” de la «*Morfo-tipología*» y su incuestionable valía metodológica de cara a la consecuente identificación de las “civilizaciones arqueológicas”.

La Tipología Analítica, por su parte, desde la reflexión crítica de esos herméticos instrumentos de inductiva asimilación cultural, nació con una vocación metodológica rigurosa y con un espíritu transformador, desde la racionalidad, en aras al tratamiento científico de la investigación en Arqueología. Y en ella, la concepción dialéctica de G. W. F. Hegel, profundizada sucesivamente por la tradición marxista, y una indisociable noción estructural convergente con el razonamiento de J. Piaget, iban a conjugarse como sólidos sustratos epistemológicos de cara a la formulación de la nueva apuesta metodológica, cognitiva e interpretativa.

G. Laplace, dentro de aquel ambiente historicista del momento –marcadamente inmovilista, aleatorio y ambiguo en sus reglas y nomenclatura, y de percepción distorsionada del real–, aportaba ahora un marco teórico, coherente y científico, de cara al entendimiento –objetivo, dinámico y universal– de los procesos industriales. Para ello, sustentaba la lógica de su sistema en los principios esenciales del racionalismo

dialéctico o científico. Como él mismo afirmaba en uno de los textos metodológicos más determinantes de la nueva propuesta, la Tipología Analítica no era sino la representación, en ese particular dominio de la investigación, del método dialéctico (LAPLACE, 1972: 94). Es decir, que “la analítica” constituía el campo de contrastación científica –y de obligada praxis metodológica– de la comprensión dialéctica de las industrias arqueológicas. Marcaba, pues, el paso de la teoría a la práctica, y, en paralelo con ello, el del conocimiento ilusorio al científico.

El análisis estructural iba a ser precisamente el instrumento metodológico oportuno para describir, ordenar y valorar pertinentemente las relaciones que participaban del movimiento dialéctico. El estudio de un conjunto industrial, a través de sus caracteres definitorios, ponía de relieve diferentes niveles de organización de esos elementos. La estructura devenía, así, en el vehículo dinámico de representación organizada de la realidad, a través de la clasificación, la organización jerárquica y la relación de las diferentes categorías que la componían.

Mas, antes de continuar, téngase presente, de cara a la justa comprensión de la configuración y significación de la propia Tipología Analítica, el dónde, el cuándo y, muy especialmente, el contexto histórico preciso en que se planteaba: en ese aludido ambiente intelectual (de corte histórico-cultural) preponderante.

Un particular entorno éste que perfilaría inicialmente el campo operativo de la nueva sistemática: impulsándola especialmente hacia el dominio de las industrias líticas talladas y la particular posición y significación que en ellas (se entendía que) desempeñaban los “útiles retocados”.

En coherencia con esas circunstancias de época, por una parte, G. Laplace iba a proponer cinco estructuras tipológicas básicas de estudio: la petrográfica, la tipométrica, la técnica, la modal y la morfológica. Y, por otra parte, los “tipos” (retocados) iban a organizarse, progresiva y flexiblemente, a través de unos marcos estructurados y jerárquicos representativos de esos temas morfo-técnicos, o “grilles”. El ensayo y crítica permanente de estas estructuras a través del análisis categorial de múltiples conjuntos industriales introducía necesariamente unas contradicciones a la “grille” provisional de partida. Unas alteraciones y transformaciones que llevaban forzosamente a la superación de ese inicial marco operativo por la propuesta de una nueva “grille”, modificada y renovada, mas asimismo provisional: toda una expresión de antidogmatismo y de dinamismo metodológicos. Y, buena prueba de ello darían ejemplo, consecutivamente, las 3 “grilles” analíticas de mayor difusión y uso: las de 1964, 1972 y 1986 (LAPLACE, 1964a, 1972 y 1987b).

Ahora bien, no sólo era importante analizar los caracteres, jerarquizarlos para determinar su relevancia, o concretar sus modos de organización. El rigor científico exigía no únicamente constatar las homogeneidades y diferencias, sino el calibrar esa información (su intensidad), de forma pertinente (significativa): precisando, en consecuencia, la medida del movimiento y de sus relaciones.

El análisis estadístico sobre la base del test del *khi 2* refrendaría la metodología cuantitativa desarrollada por G. Laplace. Un tratamiento particular y diferenciado de los datos que se ajustaba, desde su aplicación a las estructuras discriminadas por el análisis cualitativo, a una búsqueda escalonada esencialmente: 1) de la aproximación sincrónica y diacrónica a la definición contrastada de las series industriales, conforme al cálculo de sus *secuencias y dinámicas estructurales* (LAPLACE, 1974 y 1978; LAPLACE y LIVACHE, 1975); 2) de la definición de las categorías tipológicas representativas –es decir, características– de cada una de las series temáticas por relación a la totalidad de la secuencia estudiada, mediante el análisis del *lien* (LAPLACE, 1980); y, 3) de determinación de las relaciones de proximidad, lejanía o ruptura, de clasificación jerárquica derivada, y de inherentes vínculos evolutivos entre los conjuntos industriales, sobre la base operativa del cálculo de las *distancias ultraméricas* (LAPLACE, 1975 y 1984), y complementariamente de los *análisis de correspondencias* que posibilitaban representar gráficamente la relación espacial (de evolución, de oposición o de independencia) entre los correspondientes vectores sobre sucesivos planos factoriales.

La lectura e interpretación de las estructuras tipológicas, conforme a estos algoritmos estadísticos –insistimos: medios pertinentes de control y medida de las variaciones, ritmos, intensidades y transformaciones

evolutivas—, resultaría decisiva de cara al desvelamiento, entendimiento, demostración y explicación —de forma dinámica y correlacionada— de la red potencial de relaciones filéticas latentes en la sucesión temporal de las asociaciones industriales prehistóricas de diferentes marcos geográficos.

La Tipología Analítica se impregnaba de la observación y comprensión del movimiento como sujeto dinámico de transformación y del cambio permanente. Una original percepción evolutiva de los complejos industriales que habría de impulsar a G. Laplace a desarrollar sugerentes y creativas ideas en relación a la formación y desarrollo de ciertos tecno-complejos. Así, por remitirme a alguno de los ensayos más ilustrativos, citaré, a modo de ejemplos, sus propuestas en torno a la especificidad del Tardigravetiense de la Península Itálica (LAPLACE, 1964b); o, a la concepción del fenómeno morfo-técnico de la “solutreanización” desde diferentes núcleos (“*foyers*”) regionales que, conforme a tendencias ortogenéticas, habrían dado lugar a las variantes europeas del Solutrense (LAPLACE, 1959, 1962 y 1966); o, asimismo al proceso de “azilianización” o de formación del Aziliense indisociablemente del Magdaleniense final (LAPLACE y MERINO, 1978).

Procesos, todos estos, que encontraban su perfecto acomodo en el marco teórico general del sintetotipo “leptolítico” y en el más particular de lo que él denominó como *la teoría de la evolución «sur place»*: una hipótesis explicativa ésta de los paralelismos existentes en la sucesión de los complejos industriales de “provincias prehistóricas” bien diferenciadas o geográficamente alejadas, merced, no a influencias espaciales directas o a pretendidas olas de invasores foráneos, sino a la orientación y plasmación poligenética de fenómenos evolutivos de convergencia (o, propiamente, ortogenéticos).

Brillantes, enriquecedoras y alternativas interpretaciones, todas ellas, en relación a las dinámicas de transformación y cambio socio-eco-cultural, antagónicas con el estatismo y rigidez del paradigma ideológico culturalista. Y en todo ello, la Tipología Dialéctica de G. Laplace suponía la vía metodológica oportuna de percepción de esa realidad en movimiento y de asimilación cognitiva de su lógica interna.

De alguna manera, seguiremos y abundaremos algo más, acerca de ello, en el contenido del próximo capítulo.

2. Sobre dialéctica estructural

Pienso que los temas que venimos de apuntar suponen pertinentes expresiones del pensamiento científico de G. Laplace. Como se advertía al inicio de la exposición, se trata de una selección que entendemos como representativa. No obstante, habrán quedado forzosamente al margen de esta consideración otros sujetos de análisis tratados por él igualmente de forma tan atractiva. Recuérdense, por ejemplo, entre estos ausentes, los casos del arte rupestre, o el de los megalitos y particulares cromlechs pirenaicos, o el de las estelas funerarias, o el de tan especial lectura personal acerca del origen y significación social (y mitológica) de los agotes, etc. Y es que la riqueza temática desarrollada es un fidedigno reflejo de las pasiones e inquietudes de la persona, de su creador talento y de su gigantesca erudición.

La lógica podemos entenderla como el vehículo con el que nos conducimos para elaborar, organizar y formular ideas, imágenes, conceptos,... Implica directamente, así, a la forma de construcción y desarrollo del conocimiento. En el discurso analítico de G. Laplace, la dialéctica fue el motor intelectual que, esencialmente, alimentó su pensamiento científico. Insistamos, pues, en ello para mejor apereibir su concepción analítica.

El razonamiento dialéctico postula el movimiento universal, la interdependencia general de todos los fenómenos, y su diversidad dentro de una unidad de entendimiento (o de unidad de contrarios).

Así, por una parte, nada pervive de forma estática: al margen de las leyes del movimiento general. Por otra parte, nada existe en sí, ni aislada, ni independientemente. El juego de relaciones reflexivas permanentes, y en continuo cambio, entre los componentes de la realidad, es la causa de la transformación y apariencia diferenciada en los sucesos.

Y, por otro lado más, unamos a lo dicho y asumamos que todo forma parte de una misma unidad. Que ningún fenómeno puede cognitivamente asimilarse fuera de otros fenómenos. Pues, todos ellos participan

de una común unidad de movimiento, de unas mutuas interrelaciones y de unas recíprocas y múltiples dependencias e interconexiones. La pluralidad, en consecuencia, es una expresión de la contradicción dinámica de la unidad y de la interdependencia universal entre los fenómenos.

Bajo el prisma de la reflexión dialéctica, el movimiento es el devenir original. Es decir, el principio universal que orienta los fenómenos de la naturaleza y la naturaleza de los fenómenos. Y hablar de movimiento, de cambio permanente, es hablar de interdependencia de los sucesos. De ahí que, en un notable número de ocasiones, hayan aparecido interconectados en este discurso los conceptos de transformación climática del medio, junto al de evolución y ortogénesis, junto al de *continuum* industrial adaptado, junto al de interrelaciones de sujetos, o junto al de proceso dinámico. Y es que, de otra manera, fuera de la asimilación dialéctica de la realidad, no hubieran tenido razón de ser estas correlaciones.

G. Laplace buscó entender la complejidad conforme a una vía de aproximación científica. La dialéctica, como teoría científica del conocimiento, le permitió percibir esa lógica interna en los fenómenos. Ahora bien, ¿cómo acometer, organizar y ordenar racionalmente ese real complejo y plural?

Las filosofías griega y occidental mostraron, históricamente, una gran preocupación por intentar conocer el movimiento. Un movimiento permanente, ininterrumpido, que, para algunas voces, por su propia mecánica, impedía poder acceder a un conocimiento coherente y estable de los eventos. Era necesario, por consiguiente, buscar (y hallar) por encima de la apariencia del movimiento continuo algún tipo de referencia conceptual, de estabilidad relativa, que pudiera permitir una aproximación a los principios que rigen la dinámica de los sucesos. Y, esos elementos de estabilidad que resultan accesibles al movimiento y que posibilitan rastrear las leyes y estímulos que lo determinan iban a ser lo que conocemos como “estructuras”, es decir, el marco de las relaciones de causa y efecto, de interdependencia, de un fenómeno.

El análisis de los caracteres facilita una aproximación rigurosa e inteligible a un sujeto: procurando, merced a la aplicación de criterios pertinentes, una novedosa visión y comprensión dinámica del real. La estructura deviene, así, en el vehículo o modo pertinente de organización racional de esos elementos de la realidad en movimiento retenidos por el análisis. Por ello, las estructuras no son entidades fijas dentro de la inestabilidad, sino consecuencias del juego de relaciones jerárquicas, de las interdependencias y de las condiciones de que participa, en general, el mundo fenoménico. Pues, al fin y al cabo, los fenómenos no son ni permanentes, ni independientes. En síntesis, el movimiento resulta científicamente inteligible a través del conocimiento del modo de organización estructural y de la estructurada articulación jerárquica de sus elementos.

G. Laplace ensayó y aplicó, en consecuencia, esta sistemática a diversas áreas de entendimiento, debiendo selectivamente profundizar, como ya hemos señalado, en un marco de estudio preciso: las industrias líticas.

La asimilación de las evidencias líticas talladas a los enunciados del método dialéctico y del análisis estructural, le procuró una renovada percepción, no ya de los conjuntos industriales sometidos a examen, sino de los complejos y dinámicas tecno-morfológicas en continua transformación. De ahí, las diferenciadas y alternativas hipótesis que propuso para explicar la lógica que había conducido la evolución de los grandes procesos en los sucesos prehistóricos. Una perspectiva frontalmente opuesta al coetáneo discurso propiciado por los enfoques de corte empirista y analógico que, fragmentando el real y su *continuum* histórico, en marcos aislados e independientes, generaban, a través de su oportuno instrumental metodológico, una visión irreal de la propia realidad, haciéndola a ésta incompatible con el propio sistema tipológico que, paradójicamente, se había confeccionado para entenderla.

Y es que no había “fósiles directores” con decisoria capacidad interpretativa crono-cultural, sino asociaciones organizadas de sujetos industriales en la compleja dinámica estratigráfica. No había modélicas “listas-tipo” de presunción taxonómico-cultural, sino el riguroso y sistemático análisis tipológico de los temas morfo-técnicos que componían los conjuntos industriales. No había metodológicamente una ruptura idealista del *continuum* histórico, sino una concepción racionalmente universal, independiente del espacio y del tiempo, de las expresiones socioculturales. No había cuantificaciones descriptivas de los efectivos

(conforme al trazado de las curvas acumulativas, o a los histogramas de frecuencias relativas, o a algunos índices porcentuales), sino una estadística inferencial que abordara mediante algoritmos pertinentes la medida de las tensiones, del orden, de las relaciones de las estructuras tipológicas. No había culturas fijas, inmóviles, estandarizadas apriorísticamente, sino procesos, dinámicas culturales que abordar...

La realidad no podía ser entendida de forma segmentada, desde marcos compartimentados y cerrados, preestablecidos, preconcebidos, desde el subjetivismo tipologista. Su lectura científica, racional, no podía hacerse al margen de su motor de desarrollo: del movimiento y de las contradicciones en él inherentes. Debía sentirse a través del continuo diálogo y la permanente crítica de sus agentes. Movimiento, transformación, contradicción e interdependencia entre fenómenos fundamentan, convergentemente, la naturaleza inestable de la realidad y de sus intrincados y complejos procesos.

La Tipología Analítica era una Tipología Dialéctica que desde el propio movimiento interno de los conjuntos líticos intentaba reconocer y definir el movimiento (dialéctico) de la realidad arqueológica.

Enunciábamos la Tipología Analítica como una sistemática de aplicación universal. Por lo tanto, no sólo metodológicamente aplicable al dominio de las industrias líticas talladas, sino a cualquier otro campo de investigación y fenómeno de la naturaleza que requiera de un análisis pertinente y de una organización rigurosa para acceder y desvelar su lógica interna. De ahí que la metódica en cuestión se haya llevado, en consecuencia, a un polifacético espectro de áreas temáticas.

Un buen número de los que participábamos en los Seminarios de Arudy hemos venido nutriéndonos de la *concepción analítica laplaciana* para examinar, interpretar y comprender nuestros particulares campos de investigación. Y, como decía, reitero que no me refiero exclusivamente al análisis de las industrias líticas (y de sus plurales estructuras de tratamiento), sino que incluyo otros dominios paralelos de estudio –como, por ejemplo, las producciones cerámicas, la arqueozoología, la industria ósea o la estratigrafía–, algunos de los cuales, incluso, han añadido al sustantivo correspondiente el calificativo de “analítica” para explicitar –es decir, precisar y reconocer– su vinculación con la sistemática y metodología planteadas por G. Laplace. Y es que la Tipología Analítica no es sino una expresión rigurosa, inteligible y coordinada del racionalismo científico o dialéctico. Y la dialéctica, una vez más, es la lógica interna que determina el ser y el devenir de los fenómenos, que rige la comprensión racional del real y de sus múltiples construcciones.

Nuestra convicción en la Tipología Analítica no es ninguna creencia dogmática, sino un gesto de razón: un acto –si se prefiere– de “fe en la razón”, pues la razón (científica) es la lógica que guía a la Tipología Analítica.

G. Laplace (1972: 97) defendía su Tipología como una orientación en la investigación científica. Significaba ello que el avance en la propuesta metodológica analítica era consustancial con el progreso en el conocimiento de los procesos socioculturales. Una y otro resultaban, pues, sujetos interdependientes.

Por ello, desechó de su teoría cualquier ideario de construcción dogmática o de credo: simplemente, la entendió como un camino, una vía racional, rigurosa y flexible para la aproximación al conocimiento científico.

G. Laplace, a través de su sistema de análisis dialéctico, intentó aproximarse, conocer y definir lo que se mueve, lo que se transforma: la inestabilidad de los elementos, los fenómenos en movimiento y, recíprocamente, el movimiento de los fenómenos y de la propia inestabilidad.

3. Sobre algunas reflexiones introspectivas

Junto a movimiento e interdependencia, he incluido deliberadamente en el título de la ponencia la voz de “arquetipo”. Con ello, no he querido dejar de lado una faceta muy especial del pensamiento analítico de G. Laplace, que, de una u otra forma, se encuentra relacionada con la significación del inconsciente y, más profundamente, con la reflexión sobre la espiritualidad.

Una preocupación latente en su continua observación sobre la naturaleza y complejidad del pensamiento, sobre la percepción y el conocimiento, sobre el ser y su significado, sobre el sentido de nuestra existencia y derivada trascendencia. Cuestiones todas estas que activamente formaban parte de un profundo debate metafísico en G. Laplace. Y preciso: con ello, no me refiero a una forma de pensamiento estático, sino a una reflexión dinámica inherente a su propia personalidad. Que no se malinterprete o se vea en forma alguna, pues, paradoja o dislate intelectual en esta proyección: al fin y al cabo, se trata, una vez más de saber, de conocer, de descubrir. En este caso, de una búsqueda de respuestas a sujetos más “sensibles” o, si se desea, materialmente, menos tangibles que los anteriormente comentados.

No ignoro que en este nuevo campo, mi intención de “interpretar” asume otros riesgos que en aquello que, en principio, pudiera resultar más aparente y, por lo tanto, relativamente objetivo y contrastable. Entendía, sin embargo, que debía introducir esta dimensión intelectual de G. Laplace como componente indisoluble en su pensamiento analítico. Al fin y al cabo, sujeto y objeto, persona e ideas, son elementos interdependientes; configuran dialécticamente una misma unidad. Eso es, al menos, lo que yo creí aprehender...

Y es que G. Laplace fundió también su investigación científica con la búsqueda del sentido de su existencia. Muy probablemente porque la ciencia no le llegaba a ofrecer respuestas suficientemente convincentes para dilucidar esos interrogantes. Se trataba, en otros términos, de una aproximación conceptual a la trascendencia, a aquello que sobrepasa los límites del tiempo y que no puede percibirse y medirse de forma satisfactoria, solamente, desde la observación material del movimiento.

De esta forma, su vivir la investigación resultaba inherente a su preocupación por la existencia, a su significación como ser humano en el universo: y no ya sólo por lo que uno será, sino por lo que hace que uno sea de una tal manera. La búsqueda científica se yuxtaponía con la búsqueda personal: una y otra suponían un camino de individuación, una ascesis, una experiencia personal con el hecho: tanto en su forma como en su objetivo.

El “arquetipo”, como bien se sabe, representa una de los sujetos más ilustrativos de la teoría simbólica de C. G. Jung. Conforme a la psicología analítica, se entendían los arquetipos como representaciones mentales arcaicas del inconsciente, con carácter significativo, que, de forma repetitiva y al margen del espacio y del tiempo, se podía rastrear indistintamente en el conjunto de los individuos. Por ello, se las relacionaba directamente con elementos simbólicos del inconsciente colectivo. De esta manera, el arquetipo configuraba una especie de espectro numinoso del inconsciente, enraizado en la organización y herencia psíquica de los seres humanos, que se expresaba en el consciente a través de representaciones simbólicas. La imagen arquetípica -en forma de construcción formal percibida sintéticamente- constituía, en el fondo, un flujo de conciencia inmaterial que trascendía de nuestra propia existencia física (cf. JUNG, 1991).

En coherencia con la hipótesis, y aceptando expresamente el carácter atemporal y aespacial del sujeto, cabría asimismo contemplar su incidencia psicológica en los comportamientos y procesos formativos y productivos de los seres humanos: pudiendo orientar eventualmente las representaciones figuradas y simbólicas. Por consiguiente, las “imágenes tipológicas”, en principio, bien podían converger perfectamente con esa potencial transferencia arquetípica. De esta suerte, los arquetipos morfológicos encontrarían su materialización a través de significativos formatos universales, característicos en los diseños de los tipos industriales y sujetos tipológicos. Una especie de “devenir interno”, pues, pudiera acaso desprenderse de las formas “esenciales”, o de base, sobre las que se orienta la dinámica tecno-morfológica de las industrias.

Y es que convendría tener presente que el “tipo” participa de una pluralidad de “tradiciones” constitutivas, en las que se imbrican tendencias y proyecciones morfológicas, técnicas, funcionales, tradicionales, psicológicas, arquetípicas,... (SÁENZ DE BURUAGA, 2003: 100-101). Y que las industrias, en consecuencia, distan sensiblemente de ser limitadas invenciones o construcciones mecánicas culturales, para representar, verdaderamente, complejos y polifacéticos constructos ideológicos.

Con la percepción de “lo arquetípico” en la configuración tipológica, se estaba integrando lo irracional

como sujeto constitutivo de lo racional. En alguna manera, conceptualmente, ello “racionalizaba” lo irracional e “irracionalizaba” lo racional. La Tipología Analítica, además de su componente esencial dialéctico y estructural, se impregnaba también de un aporte complementario de la psicología analítica. De ahí, que buena parte del calificativo de “analítica”, como G. Laplace sostenía, tenga que rastrearse en estos conceptos del psicoanálisis junguiano (SÁENZ DE BURUAGA, 2005: 81).

Por otro lado, además de estos aportes simbólicos y conceptuales, debe reconocerse que C. G. Jung tendió uno de los más explícitos y diáfanos puentes de conexión con la metafísica oriental (cf. JUNG y WILHELM, 1991): algo asimismo indisociable del pensamiento de G. Laplace.

Aceptando la licencia, pudiéramos decir que, a través de la reflexión sobre la filosofía de Buda (cf. GRIMM, 1931 y 1994), G. Laplace buscó un cierto contrapunto crítico a la “materialidad occidental” desde la “espiritualidad oriental”. Una construcción teórica ésta vertebrada en torno a 3 conceptos esenciales: el de “impermanencia”, el de “sufrimiento” y el de “no-yo”. Sujetos todos ellos de permanente atención y debate en el pensamiento de G. Laplace.

El flujo intelectual “budista”, frente a la racionalidad científica, en principio, suponía metodológicamente una base crítica del materialismo, una fuente de alimentación del debate al racionalismo como vehículo del conocimiento. Con ello, además de contemplar otras expectativas menos demostrativas de las propias y “puramente” científicas, además de facilitar el cuestionamiento de la propia existencia y de la conciencia en los sucesos, se generaba -quierase o no- un instrumento “metafísico” de crítica y avance “científico”.

Por ello, no debe caerse, de forma reduccionista, en la fácil asimilación de esta elección con un recurso acientífico o un proceder al margen de una normalizada lógica. Téngase bien presente que movimiento es impermanencia (de los fenómenos y del pensamiento): motores conceptuales ambos de la filosofía dialéctica y de la filosofía budista. Y que hay una necesidad intelectual (y no mística) de comprender esa inestabilidad aparente para acceder (objetiva y subjetivamente) al conocimiento original de las causas que impulsan los procesos en permanente transformación.

Con la implicación reflexiva –que no doctrinaria– en los principios budistas y en los postulados psicoanalíticos junguianos, G. Laplace daba entrada, colateralmente, a una reflexión abierta y desinhibida acerca de la pertinencia de contemplar también otro conocimiento al margen del tiempo, fuera del concepto de progreso como agente mecánico de ese conocimiento y del avance personal y colectivo: una convicción ésta fuertemente enraizada en la mentalidad occidental.

Podemos sugerir que G. Laplace conjugó la investigación científica de la naturaleza con la búsqueda espiritual, desde el movimiento original; una permanente preocupación ésta por la significación de la existencia, de lo que es y no-es. En su personalidad, coexistieron interdependientemente la cultura científica de tradición racionalista occidental con las experiencias personales de los conceptos del psicoanálisis de C. G. Jung y las reflexiones de esa particular metafísica oriental que es la filosofía de Buda. Fuentes de reflexión y conocimiento que encontraron un ajuste complementario en la inquietud intelectual de G. Laplace, en el siempre difícil y complejo equilibrio del libre pensamiento. Él se sintió, se definió y se expresó continuamente como un librepensador: y desde ahí compaginó críticamente la investigación científica con la indagación espiritual. Acaso, por ello, el filósofo H. Lefebvre hablaba cariñosamente de él, como de su amigo “budo-marxista”.

4. Sobre su legado y enseñanzas personales

Como he advertido al inicio del discurso, en mi tránsito por esta “interpretación” del pensamiento analítico de G. Laplace se imbrican variados y dispares recursos heurísticos. He abordado, sin embargo, aquello que, desde mi experiencia –y, al margen de su aparente simpleza o complejidad, para unos, o coherencia o contrariedad, para otros– me parecía inexcusable de cara a una relativa aproximación integradora de sus ideas y estímulos científicos.

En paralelo, he intentado contextualizar: es decir, situar sus reflexiones dentro de las circunstancias históricas en que se generaron y, de manera contrastada, valorar y deducir lo que supusieron para el avance científico de la Arqueología.

Cuántas veces se ha hecho mención en la disertación a palabras como “alternativa”, “innovación”, “transformación”,... Y es que G. Laplace representó una alteración altamente significativa por relación al movimiento intelectual que le acompañó: marcó una ruptura, en forma de contradicción metodológica y conceptual a través de una innovadora forma de concebir y abordar el examen y el entendimiento de una Arqueología científica. Construyó la respuesta racional al dogma ideológico academicista, mediatizador de la inercia interpretativa de la época.

G. Laplace se situó a contracorriente de los cauces de la oficialidad, del pensamiento “correcto”, “dócil” y/u “oportunista”. Exploró la Arqueología desde otros prismas conceptuales para los que dispuso un oportuno dispositivo instrumental. Una superación de una Arqueología historicista por una Arqueología racional, reflexiva, cognitiva, científica: desde la planificación metodológica (racional) de los contextos, la observación detallada de los sujetos, el análisis minucioso de la realidad, la contrastación y verificación rigurosa y continua de los elementos, la interpretación crítica de los sucesos. Y, todo ello, enmarcado en un razonamiento impregnado de la noción dinámica del movimiento universal.

Con brillante inteligencia persiguió el conocimiento científico de la realidad arqueológica. Si la realidad es dinámica, es movimiento: ¿cómo afrontar la comprensión lógica del real al margen de ello, fuera del análisis precisamente del movimiento? Continente y contenido debían compartir, en coherencia, un mismo planteamiento y predicado. La dialéctica era la lógica del movimiento, y, por consiguiente, el método científico de aprehensión racional y coherente de la realidad.

Hablamos, pues, de comprensión, de entendimiento, dialécticos: es decir, de la forma de asimilar la dialéctica en el real, en la naturaleza, a través de la dinámica siempre contradictoria –se forme parte o no ideológicamente de la dialéctica– que es inherente a la demarche del pensamiento, y al consecuente proceso del conocimiento.

Un conocimiento –recordemos, por cierto– del que participan interdependientemente tres componentes esenciales:

- ♦ 1) *el elemento espontáneo o intuitivo*: asociado a las impresiones que genera la percepción sensitiva de las cosas;
- ♦ 2) *el elemento histórico o tradicional*: que viene heredado por el individuo y que aporta inductivamente una serie de nociones y definiciones sobre la observación; y,
- ♦ 3) *el elemento reflexivo o racional*: de crítica (y transformación) de los sujetos espontáneos e históricos.

En consecuencia, no se trata idealistamente de enjuiciar la realidad, sino de reflexionar sobre su concepción, razonamiento y explicación conforme al principio científico universal del movimiento y de las relaciones entre los fenómenos: una cosa es la dialéctica *de* la naturaleza y otra la dialéctica *en* la naturaleza (cf. SÁENZ DE BURUAGA, 2002: 45-52; id. 2006: 131-132).

No sólo su inconformismo intelectual lo situó a contracorriente de lo oficial, sino que esta oficialidad, por su parte, bien se encargó de desplazarlo y alejarlo deliberadamente de sus cauces y mecanismos de poder. La posición ideológica de G. Laplace fue conscientemente excluida, estigmatizada e ignorada de los círculos académicos y –tanto monta– de los aparatos científicos. Simplemente, fue condenada inquisitorialmente por herética: y por la molesta e incómoda ideología que en ella subyacía.

Y, desde esta posición, marginal y marginada, tuvo el vigor para creer y crear, desde la coherencia científica, unas originales y geniales orientaciones. La fortaleza de su espíritu y de su convicción científica se manifiestan precisamente en haber sido capaz, no ya de subsistir en un contexto intelectual y académico de hostilidad y beligerancia, sino en haber sabido perseverar en su esfuerzo para procurar y transmitir un conocimiento riguroso, racional e inteligible de la Arqueología. Nada consiguió hacerle renunciar de sus

estímulos y pasiones; y, nunca se amilanó ante la injusticia, por peligrosa y arriesgada que esta se presentara. De ello, puede inferirse la medida de su persona, de su integridad y entidad como hombre.

G. Laplace nos enseñó a pensar antes que a obrar arbitrariamente; a analizar antes que a definir irreflexivamente; a practicar el debate y el diálogo frente al monólogo; a responder a lo autoritario y a la perversión de la autoridad (también académica); a que la ciencia es libre y desinteresado su conocimiento. A cuestionar las cosas, las teorías, los principios, los procedimientos. A indagar, a explorar más allá de los textos, en la naturaleza de los hechos, en los sucesos de la realidad: a través de la experiencia, del contacto personal, del diálogo mutuo y permanente crítica con esos elementos.

Pienso que, con su obra, nos aportó una sólida orientación intelectual, rigurosa, científica; y que, con su ejemplo y actitud ante la vida, nos mostró –e infundió– una forma firme de comportamiento sustentada en la dignidad, el honor y la libertad.

Hombre fascinante; investigador genial; talento y capacidad intelectual extraordinarios; admiración e irresistible atracción; seducción; poderosa personalidad; librepensador; incansable luchador; amor a la libertad; virtuoso magisterio; franqueza e incorruptibilidad;... constituyen una muestra relativa de palabras simples o combinadas que pudiéramos vincular directamente con su persona.

En mi caso, personalmente, puedo decir que G. Laplace me aportó un camino, una vía hacia el conocimiento, y las enseñanzas para avanzar en ese trayecto. Y con los Seminarios de Arudy, un marco de reflexión y debate –libre, plural, crítico, desinhibido– entre compañeros de viaje: una particular comunidad, una “escuela de pensamiento”. En otras palabras, una transformación individual y colectiva.

Con G. Laplace entendí, entre otras:

- ♦ 1) Que la ciencia, por definición, es analítica: lo que conlleva un aprehender la pluralidad y complejidad de los fenómenos, y lo que requiere de unos medios de aproximación y comprensión capaces de leer y razonar la lógica de esa diversidad de gestos y situaciones. La investigación es poner en práctica y conducir ese deseo por conocer, por desvelar el impulso de entender.
- ♦ 2) Que la ciencia es una búsqueda rigurosa de conocimiento, una sana inquietud por avanzar y superarse intelectualmente, y, en consecuencia, un profundo exponente de la sabiduría personal a través de la reflexión. Algo, por lo tanto, que trasciende de lo útil o pragmático, para estimular a progresar intelectualmente y avanzar introspectivamente. Y,
- ♦ 3) Que la ciencia es pasión por la investigación, pasión por el descubrimiento: por comprender la lógica de nuestras producciones históricas y por entender nuestro propio sentido como humanidad. Conocimiento de lo exterior y conocimiento interior ensamblado, compatibilizados. Búsqueda, al fin y al cabo, del conocimiento integral: algo indisociable del espíritu científico.

Esta es la forma en que yo entiendo el razonamiento analítico laplaciano: lo que me hace hablar, a su vez, de una formulación original de la lógica analítica. El pensamiento de G. Laplace, como ya he afirmado, se inscribe, por una parte, en los principios racionales de la tradición filosófica y científica occidental. Y, por la otra, se enriquece con las inquietudes y preocupaciones que derivan de la metafísica oriental y de la teoría del psicoanálisis. Supone, por lo tanto, una elaboración y organización intelectual novedosa, original, en el proceso de encadenamiento de los conceptos, desde la asimilación y la compatibilidad de diferentes problemáticas del conocimiento. La experiencia y reflexión analítica constituyen unísonamente las fuentes capitales del progreso y de avance intelectual en el proceso del conocimiento.

Un texto del budismo tibetano invita a que no olvides jamás a tu maestro, a que lo recuerdes permanentemente. De forma personal, esto es algo que, día a día, he venido haciendo.

Rendir homenaje público a alguien es, en primera instancia, un recordarlo colectivamente. Mas, el recuerdo no se mide únicamente por una mirada afectiva al pasado, o un vivir una experiencia desde alguno de nuestros particulares lazos que trazamos, o una nostálgica querencia y carencia emotiva de quien ahora se honora...

En mi caso particular, y en el de varios de los que aquí nos encontramos, como partícipes activos de sus diálogos y reflexiones, homenajear a G. Laplace se acompaña igualmente del deseo de reconocimiento integral de su persona, de ensalzar la convicción de su pensamiento, de significar la eficiencia de su método de conocimiento, de enfatizar el bagaje de sus enseñanzas, y de agradecimiento colectivo por haber compartido con nosotros su sabiduría.

Como herederos de una parte de su conocimiento, tenemos no solo la fortuna de apreciar, valorar y utilizar sus enseñanzas, sino la oportunidad inmejorable de continuar con su orientación y progresar con su ejemplo, con los valores y dignas convicciones éticas que firmemente marcaron su vida. Como diría el otro, en nuestra mano está el seguir haciendo visible al invisible. Por ello, bienvenido sea este Simposio para honrar la memoria de este hombre extraordinario y genial investigador que es G. Laplace.

Digo que es, y no que fue. Y es que, como lo defendíamos en su momento, creo que seguimos teniendo muchas razones para activar e impulsar la reflexión sobre el planteamiento y la propuesta analítica laplaciana en el actual marco de la investigación: frente a una marcada tendencia a la globalización intelectual y al pensamiento único (capitalista) que mediatiza las expresiones de las complejidades sociales.

G. Laplace procuró un sólido contingente ideológico, con argumentos concluyentes y demostraciones objetivas y racionales, a través de una sistemática rigurosa, para la fundamentación de una Arqueología científica. Una alternativa, metodológica e intelectual, a la harto frecuente percepción subjetiva, estática e idealista: un patrón ideológico e interpretativo éste que –insisto una vez más–, acaso por tradición o/connivencia, ha instrumentalizado históricamente la concepción y el significado de las dinámicas sociales del pasado.

Con su apuesta intelectual revolucionaria, G. Laplace alimentaba la reflexión crítica sobre el paradigma histórico-cultural y su cuestionamiento radical como referente del conocimiento. Sin embargo, a pesar del temprano momento en que fueron emitidas sus ideas, no parece que hubieran sido atendidas o suficientemente entendidas. Aquel inmovilista modelo interpretativo de la realidad, con sus oportunos reajustes e innovaciones modales (o de época), ha seguido determinando la percepción de la realidad, el conocimiento de los gestos y procesos pasados, y, de esta forma, adaptando al momento correspondiente los instrumentos y vehículos oportunos para garantizar su pervivencia.

Concluyo ya. Y lo voy a hacer recordando tres breves reflexiones que, en varias ocasiones, escuché de G. Laplace. Tres provechosos comentarios que, en buena medida, ilustran y apostillan buena parte de lo que venimos de exponer. En cualquier caso, saquen Uds. de ellos sus propias valoraciones.

La primera hace referencia, precisamente, al proceso del conocimiento, al camino seguido para la creación de las ideas propias. Tiene como inspirador a J. Piaget, e incluyó su contenido en la parte final de un artículo que con el título de *Gravettien, Epigravettien et Tardigravettien* apareció publicado en 1997 en la *Rivista di Scienze Preistoriche*, de Florencia. Señala el procedimiento a seguir de cara a cultivar esa originalidad ideológica que he señalado. La fórmula es, resueltamente sencilla y asequible... Así, como primera medida, se incita, de principio, a no leer nada del campo de la investigación del que uno se quiere ocupar, y a no hacerlo sino bastante más tarde. Como segunda actitud, se recomienda leer, eso sí, en los dominios de investigación relativamente próximos al que uno desarrolla. Y, como tercer paso, se considera un aliciente inmejorable el tener una cabeza de turco: algo esto, por otra parte y por cierto, lamentablemente harto recurrido, individual o colectivamente, en nuestro tiempo para descargar culpabilidades.

La segunda de las reflexiones tiene que ver con la experiencia como vía objetiva y personal del conocimiento pertinente y tiene como estímulo un sutra de Buda. Según éste, llegando Gautama al final de su vida, uno de sus más cercanos discípulos, alarmado por la fatal circunstancia, le planteaba qué es lo que iban a hacer ahora, sin él; cómo podrían seguir y avanzar sin su presencia. A lo que Buda le respondió que no había comprendido nada de lo que había tratado de enseñarle durante largo tiempo. Y concluyó

diciendo: No creas lo que diga tu maestro porque sea tu maestro; no creas lo que recogen los libros porque en ellos esté escrito; cree únicamente lo que tu experiencia te dicte como válido.

Y, finalmente, la tercera de las citas sitúa al movimiento como motor dinámico de transformación de la naturaleza, de la realidad, y tiene como actores a Sócrates y Heráclito. Cuenta que en una ocasión ambos filósofos se encontraban en un altozano desde el que contemplaban un pequeño caserío rodeado por campos de cereal y árboles sobre los que se hacía notar la fuerza del viento, el movimiento. Ante ello, Sócrates exclamó: Si no hubiera casas, personas, cereales y árboles, no tendríamos constancia del movimiento. A lo que Heráclito respondió: Si no existiera el movimiento, no habría casas, personas, cereales y árboles.

Reitero, deduzcan Uds. mismos de ellas sus conclusiones y extraigan sus oportunas enseñanzas.

Y, el punto final. Con emoción decía que comenzaba este discurso y, como no podía ser menos, con emoción lo termino.

Muchas veces soñamos con hacer grandes viajes a sitios remotos en busca de un atractivo diferente, de una armonía, de un equilibrio que, como superación de lo habitual, de nuestro rutinario contexto circunstancial, inyecte una dosis de autoafirmación, de estímulo y contemplación científica de uno mismo.

Personalmente, puedo decir que tuve la inmensa fortuna de iniciar a escasos 300 km de mi casa un largo trayecto de la mano de un profundo pensador. Un viaje que transformó mi percepción de la vida, que orientó mi pasión por la investigación. Un itinerario que hoy continúo haciendo por un camino, a veces más sencillo, otras más complicado y tortuoso, pero, eso sí, el que yo mismo voy construyendo, el que me ha tocado recorrer, el mío...

Gracias Mr. Laplace, una vez más, por enseñarme a labrar esta ruta. Y gracias a Uds, por su atención.

Bibliografía

- GRIMM, G. (1931): *La sagesse du Bouddha*. Ed. Librairie orientaliste Paul Geuthner, Paris.
- GRIMM, G. (1994): *Gli insegnamenti del Buddha*. Ed. Mediterranee, Roma.
- GUILLIEN, Y. y LAPLACE, G. (1978): "Les climats et les hommes en Europe et en Afrique septentrionale, de 28.000 B.P. à 10.000 B.P.". *Bulletin de l'Association française pour l'Étude du Quaternaire*, 4, 57: 187-193.
- JUNG, C. G. (1991): *Arquetipos e inconsciente colectivo*. Ed. Paidós, Barcelona, 1991 (4ª reimpr.).
- JUNG, C. G. y WILHELM, R. (1991): *El secreto de la flor de oro*. Ed. Paidós, Barcelona, 1991 (1ª reimpr.).
- LAPLACE, G. (1957): "Typologie Analytique. Application d'une nouvelle méthode d'étude des formes et des structures aux industries à lames et lamelles". *Quaternaria*, IV: 133-164.
- LAPLACE, G. (1958a): "Recherches sur l'origine et l'évolution des complexes leptolithiques. Le problème des Périgordiens I et II et l'hypothèse du Synthétype Aurignaco-Gravettien. Essai de Typologie Analytique". *Quaternaria*, V, 1958: 153-240.
- LAPLACE, G. (1958b): "Quelques considérations sur l'origine et l'évolution des complexes à lames et lamelles". *Bulletin de la Société d'études et de recherches préhistoriques et Institut pratique de Préhistoire*, Les Eyzies, 8: 119-124.
- LAPLACE, G. (1959): "Solutréen et foyers solutréens. À propos du problème de l'origine des industries solutréennes". *Bulletin de la Société d'études et de recherches préhistoriques et Institut pratique de Préhistoire*, Les Eyzies, 9: 211-238.

- LAPLACE, G. (1962): "Solutréen et foyers solutréens. Essai de typologie analytique sur le phénomène de Solutréanisation". *Munibe*, XIV: 414-455.
- LAPLACE, G. (1964a): "Essai de typologie systématique". *Annali dell'Università di Ferrara*, Nuova Serie, Sezione XV, Suppl. II al Vol I: 1-85.
- LAPLACE, G. (1964b): "Les subdivisions du Leptolithique italien. Étude de Typologie Analytique". *Bulletin di Paleontologia Italiana*, Nuova Serie XV, 73: 25-63.
- LAPLACE, G. (1966): *Recherches sur l'origine et l'évolution des complexes leptolithiques*. École Française de Rome. Mélanges d'Archéologie et d'Histoire, suppl. 4, Paris.
- LAPLACE, G. (1970): "Les niveaux aurignaciens et l'hypothèse du synthétype". *L'Homme de Cro-Magnon (1868-1968)*. Centre de Recherches Anthropologiques, Préhistoriques et Ethnographiques, Conseil de la Recherche scientifique en Algérie. Ed. Arts et Métiers Graphiques, Paris, 1970: 141-163.
- LAPLACE, G. (1971) "De l'application des coordonnées cartésiennes à la fouille stratigraphique". *Munibe*, XXIII: 223-236.
- LAPLACE, G. (1972): "La typologie analytique et structurale: Base rationnelle d'étude des industries lithiques et osseuses". *Banques des données archéologiques*. Colloques nationaux-CNRS, 932: 91-143.
- LAPLACE, G. (1973a): "Sobre la aplicación de las coordenadas cartesianas en la excavación estratigráfica". *Speleon*, 20: 139-159.
- LAPLACE, G. (1973b): "Le cyclothème ombrothermique". *Dialektikê. Cahiers de Typologie Analytique*, 1973: 21-31.
- LAPLACE, G. (1974): "De la dynamique de l'analyse structurale ou la typologie analytique". *Rivista di Scienze Preistoriche*, XXIX (1): 3-71.
- LAPLACE, G. (1975): "Distance du khi 2 et algorithmes de classification hiérarchique". *Dialektikê. Cahiers de Typologie Analytique*, 1975: 22-37.
- LAPLACE, G. (1977): "Application de la phytocinétique biogéographique de Paul Rey à la géologie dynamique du Quaternaire". *Bulletin de l'Association française pour l'Étude du Quaternaire*, 47: 251-257.
- LAPLACE, G. (1978) "Analyse matricielle de la contingence. Niveaux et réseaux d'homogénéité". *Dialektikê. Cahiers de Typologie Analytique*, 1978: 7-27.
- LAPLACE, G. (1980): "Le lien comme mesure de l'information dans un tableau de contingence". *Dialektikê. Cahiers de Typologie Analytique*, 1979-1980: 1-15.
- LAPLACE, G. (1984): "Représentations graphiques d'un tableau de contingence". *Dialektikê. Cahiers de Typologie Analytique*, 1983-1984: 68-80.
- LAPLACE, G. (1987a): "Autorité et tradition en taxinomie". *Antiquités Nationales*, 18-19, 1986-1987: 33-37.
- LAPLACE, G. (1987b): "Un exemple de nouvelle écriture de la grille typologique". *Dialektikê. Cahiers de Typologie Analytique*, 1985-1987: 16-21.
- LAPLACE, G. (1988): "Autoridad y tradición en taxonomía". *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses*, 13, 1987-1988: 7-16.

- LAPLACE, G. (1997): “Gravettien, Epigravettien et Tardigravettien”. *Rivista di Scienze Preistoriche*, XLVIII: 223-237.
- LAPLACE, G. y LIVACHE, M. (1975): “Précisions sur la démarche de l’analyse structurale”. *Dialektikê. Cahiers de Typologie Analytique*, 1975: 8-21.
- LAPLACE, G. y MERINO, J. M. (1978): “Application de la Typologie analytique et structurale à l’étude du «Processus d’azilianisation»: la série phylétique de la grotte Urriaga en Pays basque”. *La fin des temps glaciaires en Europe*. Colloques internationaux-CNRS, 271, 1977: 693-710.
- LAPLACE, G. y MÉROC, L. (1954a): “Application des coordonnées cartésiennes à la fouille d’un gisement”. *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, LI: 58-66.
- LAPLACE, G. y MÉROC, L. (1954b): “Complément à notre note sur l’application des coordonnées cartésiennes à la fouille d’un gisement”. *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, LI: 291-293.
- LAPLACE, G. y SÁENZ DE BURUAGA, A. (2003): “Typologie analytique et structurale des complexes du Moustérien de la Grotte Gatzarria (Ossas-Suhare, Pays Basque) et de leurs relations avec ceux de l’Abri Olha 2 (Cambo, Pays Basque)”. *Pyrenae*, 33-34, 2002-2003: 81-163.
- SÁENZ DE BURUAGA, A. (1998): “Estrategias de excavación y análisis estratigráfico: una reflexión sobre su proceso histórico”. *Krei*, 3: 107-141.
- SÁENZ DE BURUAGA, A. (2002): “Cuestiones de método y de ideología interpretativa en Estratigrafía Analítica”. *Krei*, 6, 2001-2002: 37-78.
- SÁENZ DE BURUAGA, A. (2003): “Bases teóricas para un sistema constructivo lógico de estudio e interpretación de los complejos arqueológicos prehistóricos”. *Krei*, 7, 2003: 79-110.
- SÁENZ DE BURUAGA, A. (2005): “¿Tipología hoy? Algunas reflexiones sobre la sistemática laplaciana: una reafirmación de la “dialéctica de causalidad” en los sujetos industriales”. *Krei*, 8, 2004-2005: 79-94.
- SÁENZ DE BURUAGA, A. (2006): “Estratigrafía Analítica: una profundización de la sistemática laplaciana en el movimiento estratigráfico”. *Dialektikê. Cahiers de Typologie Analytique. Hommage à Georges Laplace*. Servei d’Investigacions Arqueològiques i Prehistòriques, Castelló de la Plana, 2006: 126-139.
- SÁENZ DE BURUAGA, A. (2007): “Ciclotema ombrotérmico y Estratigrafía analítica: una relación de correspondencia en la aproximación dinámica y evolutiva al clima”. *Krei*, 9, 2006-2007: 105-114.

Índice/Aurkibidea/Sommaire

Listado de autores Autoreen zerrenda <i>Liste des auteurs</i>	7
Prólogo Hitzaurrea <i>Prologue</i>	
<i>José Ramos Muñoz</i>	9
Introducción Aurkezpena <i>Introduction</i>	15

Francesc Gusi i Jener (1942-2012) *in memoriam*

Francesc Gusi i Jener (1942-2012)	
<i>Carme Olària</i>	19
Francesc Gusi en el recuerdo	
<i>Jordi Estévez, Assumpció Vila y Andoni Sáenz de Buruaga</i>	21

I. Laplace y el pensamiento analítico Laplace eta pentsamendu analitikoa *Laplace et la pensée analytique*

Recorrido y reflexiones en torno al pensamiento analítico de Georges Laplace: movimiento, interdependencia y arquetipos en la construcción de una Arqueología científica	
<i>Andoni Sáenz de Buruaga</i>	23
León y caballo: Georges Laplace. El Yin y el Yang de un prehistoriador inolvidable	
<i>Francesc Gusi i Jener</i>	40

II. La Tipología Analítica en el siglo XXI Tipologia Analitikoa XXI mendean *La Typologie Analytique dans le XXI siècle*

Arqueozoología Analítica, otro ejemplo práctico derivado de la obra de Georges Laplace	
<i>Jordi Estévez</i>	48
La Estratigrafía Analítica: 25 años de ensayo y aprendizaje en el análisis e interpretación del registro arqueológico	
<i>Juan Carlos López Quintana y Andoni Sáenz de Buruaga</i>	61
Diagrama de secuencias de reducción (DSR): aproximación metodológica para el análisis de núcleos líticos y remontajes	
<i>Nuria Castañeda</i>	92
Historia de una relación por venir: caracteres analíticos para el análisis funcional	
<i>Assumpció Vila</i>	105

Tecnología y Tipología: una dependencia recíproca <i>Maite García-Rojas</i>	115
Clasificación del formato tridimensional de materiales líticos desde una perspectiva geoarqueológica <i>Antonio Tarrío</i>	127
Los artefactos retocados del nivel c4d1j de Isturitz: estudio arqueopetroológico desde la Tipología Analítica <i>Irantzu Elorrieta</i>	156
La Tipología Analítica aplicada a conjuntos de época histórica <i>Javier Fernández Eraso</i>	167
III. Crónica fotográfica Argazki-kronika <i>Chronique photographique</i>	179
IV. Exposición en homenaje a G. Laplace G. Laplaceren omenezko erakusketa <i>Exposition en hommage à G. Laplace</i>	188



eman ta zabal zazu



Universidad del País Vasco Euskal Herriko Unibertsitatea



GITA
Grupo de Investigación en Tipología Analítica

